

C

Columna

Miguel Á. Vergara Villalobos

Doctor en Filosofía (U. de los Andes), Bachiller Canónico en Teología (PUCV)



## Adviento: tiempo para pedir fe

**E**n este tiempo de Adviento, ya próximo a finalizar, la Iglesia nos invita a prepararnos para recibir dignamente al Niño Dios en nuestro corazón. En ese afán quisiera compartir algunas ideas de Cristián Warnken, con ocasión de la recuperación de la Catedral de Notre Dame, en París.

Nos recordaba el poeta que somos “peregrinos sedientos de absoluto y de luz, en un tiempo que ha renegado del espíritu y de la belleza”. Decía que “nuestra época relativista y secularizada ya

**“El Adviento es un momento propicio para pedir la fe con mucha humildad, mediante la oración y disponiendo nuestro corazón para acoger a Dios”.**

está topando fondo y que se aproxima una nueva Edad Media, en que otra vez volveremos a buscar a Dios y a levantar catedrales y a rezar y a cantar al cielo, porque vagamos en las tinieblas como niños huérfanos”. En su opinión, “más allá del sin

sentido que nos rodea, hay en todo ser humano un anhelo de absoluto, que nadie podrá apagar”.  
Concordando plenamente con tan luminosos pensamientos, me parece que la rutina del día a día y nuestras naturales ansias por un mayor bienestar material, nos hacen olvidar el sentido de trascendencia que -a veces sin comprenderlo- anida en lo más

profundo de nuestro ser. Por eso, cuando borramos a Dios de nuestro corazón, lo que en realidad hacemos es reemplazarlo por sucedáneos más baratos, que nunca terminan de satisfacerlos. Así, en el mundo de hoy tenemos dos nuevos dioses: el dinero y la tecnología.

El dinero se transforma en un ídolo perverso cuando lo convertimos en un fin en sí mismo, olvidándonos que es sólo un medio para nuestro progreso como seres humanos. Por su parte, la tecnología ha devenido en un amo omnipotente, al que nos sometemos dócilmente: nuestra instantánea reacción ante el más leve tintineo de nuestro celular es una muestra de aquello.

Como si eso no bastara, los supuestamente ateos que hacen gala de no creer en nada de lo que dice la Biblia, que por lo demás nunca han leído, son, en cambio, muy dados a confiar en el horóscopo, en el tarot, o en infantiles supersticiones. “No tienen fe, pero tienen supersticiones” (E. Balaguer). Ante esta incongruencia es difícil no pensar en que el demonio ha metido su cola. Como decía el poeta Charles Baudelaire: el gran truco del diablo es hacernos creer que no existe, porque eso facilita enormemente su tarea.

Si bien la fe es una gracia de Dios, no nos deberíamos escudar en eso para amparar nuestra comodidad. El Adviento es un momento propicio para pedir la fe con mucha humildad, mediante la oración y disponiendo nuestro corazón para acoger a Dios, particularmente cuando se nos presenta como un niño indefenso, que clama por nuestro afecto.